

DOCUMENTOS

En este número de LETRAS se reproduce un interesante conjunto de comentarios críticos de José Fabio Garnier (1884-1956), notable dramaturgo y crítico literario costarricense. Fueron, al principio notas y reseñas escritas a propósito de la publicación de obras de escritores nacionales de la época. Su autor los reunió, bajo el título general de *LITERATURA PATRIA*, que se publicó en *Anales del Ateneo de Costa Rica* (año II, n.º 4, de 1913). Se trata, por la época en que se publica, de uno de los primeros trabajos de historia y crítica sobre las letras costarricenses; además, son una especie de antecedente de la «Carta literaria» de Justo A. Facio que LETRAS había incluido en su n.º 41, valioso documento sobre la trayectoria de la todavía joven literatura costarricense. Ambos trabajos demuestran que desde principios del siglo XX existía una voluntad por estudiar y conocer la literatura nacional, no tanto desde una perspectiva doctrinal sino analítica e interpretativa.

Por la relativa extensión del documento, en este número de LETRAS se ofrece una primera sección; la segunda parte se publicará en el próximo número.

LA EDITORA.

JOSÉ FABIO GARNIER

LITERATURA PATRIA (I)

CONCHERÍAS, de Aquileo J. Echeverría

Era una hermosa mañana de mayo. Por una triste casualidad, el correo me trajo juntos dos periódicos que leo con avidez: el uno *La Nación*¹, el mejor portavoz de la civilización latinoamericana, y el otro *Páginas Ilustradas*², una humilde revista costarricense que cada quince días me trae en sus hojas el rumoreo de los cafetales de la patria mía³.

La Nación, en sus columnas de honor, ostentaba un artículo de Rubén Darío sobre Aquileo J. Echeverría, el poeta de Costa Rica, como le llamaba el ruseñor nicaragüense; *Páginas Ilustradas* ostentaba, también ella, en una página dolorosa, el retrato de Aquileo, dando la noticia de su muerte, acaecida en Barcelona.

La Nación proclamaba su nombre como un nombre de altísimo valor ante las intelectualidades de América y de Europa, y *Páginas Ilustradas* lloraba silenciosa sobre la memoria de quien fue el poeta de Costa Rica. Quise a Echeverría con todo el fuego de un cariño lleno de admiración, le estimé como pocos le han estimado; también él me quería, aun cuando no nos conocimos personalmente, a pesar de ser hijos de una misma República y a pesar de ser grandes amigos nuestros respectivos padres.

Cuando vino a París en busca de salud, tuvo la bondad de acordarse del compatriota suyo que en la docta Bolonia dedicaba sus mejores energías al cultivo de las matemáticas aplicadas y también al de las letras. Me habló

¹ Se refiere a *La Nación* de Buenos Aires, en el que el poeta nicaragüense publicó el artículo. Ya Darío había escrito un prólogo para la segunda edición de *Concherías*, que aparecería en Barcelona en 1909. (N. de la E.)

² Se trata de *Páginas Ilustradas*, revista de arte y literatura, fundada y dirigida por Próspero Calderón; se publicó en San José de Costa Rica entre 1904 y 1912. Aquileo J. Echeverría murió en Barcelona en marzo de 1909.

³ Cuando Garnier escribió estas páginas sobre Echeverría, se encontraba estudiando en la Universidad de Bolonia, donde se graduó poco después en Arquitectura e Ingeniería Civil. [N. de la E.]

de la patria, de su familia, de la mía, de sus esperanzas, de su ansia de recuperar la salud para dedicarse, con entusiasmo suyo, a trabajar en pro del engrandecimiento de la pequeña Costa Rica.

Me dijo de *Concherías*, su única obra, su obra maestra, mejor dicho, la obra maestra de la literatura costarricense.

Para él, ese libro lleno de melancolías era la cosa predilecta. *Concherías* merecía su amor; por *concherías* habría hecho cualquier sacrificio.

Después supe por un amigo italiano, que lo conoció en París, que estaba muy enfermo, que era melancólico, que no tenía aquel entusiasmo de los primeros días. ¿Le entristeció la alegría de París? Era un alma tan sencilla, era un ser tan apegado a la vida, hecha de intimidades, de la patria, que no pudo sufrir aquel carnaval continuo en el que se ahogan tantas energías de la América latina.

Más tarde, el primero de enero, después de algunos meses de un silencio completo, me sorprendió con una tarjeta suya, en la cual me auguraba muchas felicidades y me hablaba de sus ideales siempre hermosos y de su entusiasmo siempre ardiente. Después nada. Hasta aquella mañana de mayo no supe nada del poeta querido. El artículo de Rubén Darío me llenó de satisfacción. El retrato de *Páginas Ilustradas* me entristeció el alma: de la lira costarricense cuelga un crespón negrísimo; sólo ahora, solamente en esta ocasión, se puede decir con propiedad que las letras patrias están de duelo.

El Vicente Medina⁴ costarricense lo llamaban algunos que se pavonean con el nombre de críticos.

Aquileo no ha sido el Vicente Medina nuestro. Antes de todo, ¿qué se quiere decir cuando a uno se le llama el Vicente Medina de una nación? ¿Significa que imita al poeta murciano? Aquileo no ha imitado a nadie. Sus poesías son originales. No tiene nada de común con Vicente Medina, aun cuando los ciegos de inteligencia así lo afirmen. Buscad en Aquileo la tristeza que satura el alma de Medina. Buscad en Aquileo la melancolía en la descripción de los paisajes. Aquileo es un optimista; en sus versos sabe ver y

⁴ El autor se refiere aquí al poeta y dramaturgo español Vicente Medina Tomás (1866-1937), cuya obra dedicó en gran parte a la cultura regional de su tierra natal, Murcia. [N. de la E.]

comprender la belleza de nuestra naturaleza, sabe interpretar el alma llena de puerilidad del pueblo de Costa Rica. Aquileo ha sido sincero al pintar nuestras costumbres; él no quiso ganarse las simpatías de los lectores haciendo llorar a nuestros campesinos.

Hay una tendencia entre los escritores de Costa Rica, tendencia perniciosa que no sé a cuál causa se deba atribuir. Algunos literatos nuestros y algunos viajeros que nos han hecho una visita cortísima se han metido en la cabeza la idea de que el campesino costarricense es triste. ¿Dónde está esa tristeza? El campesino nuestro no es pesimista, no lo ha sido nunca, no lo puede ser jamás, pues su fibra indio-española le da derecho a ver la vida como ella es, no a través de los cristales ahumados que para contemplarla se encajan sobre la nariz de algunos escritores americanos.

¿Qué el campesino costarricense no tiene canciones populares? ¿Qué no tiene bailes peculiares? ¿Qué no sabe divertirse con diversiones sencillas? ¿Quién se atreve a afirmarlo? Sólo quien en Costa Rica no conoce sino la capital y alguna que otra ciudad de provincia. Id a las aldeas: allá veréis el alma del *concho* tal como ella es: alegre, franca, entusiasta, optimista como el alma de pocos pueblos sabe serlo.

Esa alegría, esa franqueza, ese entusiasmo, ese optimismo sano, se encuentran bien representados en las poesías de Aquileo. En ellas no es posible señalar una nota triste, como que no es triste lo que él ha querido interpretar. Aun en las cosas más serias, como en la vela de un angelito, encontraréis el rasgo típico del alma costarricense: nosotros no sabemos ser tristes.

Aquileo, como buen costarricense, no lo ha sido en sus poesías. Entonces, si la tristeza es la característica de las composiciones de Vicente Medina, ¿cuál es el detalle que permite llamar al primero con el nombre del segundo? ¿El uso de la lengua popular? Vaya, eso no se debe decir siquiera. Llamad entonces a Vicente Medina el Salvatore di Giacomo español y a Salvatore di Giacomo... el Medina italiano.

Es un verdadero círculo vicioso, del cual no nos sería posible escapar.

No es Aquileo Echeverría un poeta cuyas estrofas se leen por leer, es decir, por sentir la fascinación de unas rimas bien hechas, no; a él hay que leerlo buscando en sus poesías algo de más valor, algo que le hace completamente original: la vida del pueblo costarricense.

Todas las *Concherías*, el nombre lo dice, llevan en sí un pedazo del alma del campesino de Costa Rica. Ellas, con su lenguaje un poco anticuado, con la sencillez de la forma, con la dulzura de los sentimientos que expresan, dan la más genuina idea de lo que es el pueblo costarricense: un pueblo vigoroso, que lo sería aun más si no viviese agobiado por muchas tradiciones; un pueblo de espíritu religioso, talvez demasiado, y de espíritu muy comercial, a veces más de lo necesario.

Costa Rica guarda aún en sus costumbres muchos de los recuerdos del alma española, de aquella alma española de los lances de capa y espada, de aquella alma española imbuida de religiosidad y brujería, dos cosas que parecen contrarias, pero que en el pueblo *tico* se encuentran juntas, casi hermanas.

Esa alma española del pueblo costarricense es la que Aquileo ha dejado manifiesta en todas y en cada una de sus poesías.

Su musa, según el poeta, era

*...joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayúas del cafeto,*

es decir, se parecía mucho a las hermosas campesinas nuestras, llenas de bondad, simpáticas y sencillas. Lo dice él:

*Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo
fresas fingiendo en su boca,
rosas en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.*

¿No os parece, al repasar con la memoria esos versos, no os parece asistir al desfile de las bellas campesinas costarricenses que, descalzas, lavan sus pies blancos en el arroyo que atraviesa la *calle real* en los pueblecitos nuestros?

Y esa musa encantadora, esa hija verdadera de nuestros lares, esa hermana de nuestras hermanas,

*canta a mi patria adorada,
canta a mi ubérrimo suelo,
a mis floridos rosales,
a mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, bueno, sincero;
a la moza de alma blanda
y de durísimo seno;
a nuestras altas montañas,
a nuestros valles risueños,
a nuestra tierra fecunda,
a nuestro límpido cielo.*

No tiene pretensiones: su horizonte es el reducido horizonte patrio; sus aspiraciones son las aspiraciones del campesino costarricense, que son pocas; su belleza del alma tica, belleza que es mucha, porque, creo haberlo dicho ya, el pueblo de Costa Rica, a pesar de muchos defectos que no es oportuno enumerar aquí, posee un sinnúmero de cualidades que le hacen apto para el progreso, y lo que vale más, para la felicidad. En cada hogar costarricense, así como hay un ángulo en donde la Virgen del Socorro recibe las plegarias, hay también un rinconcito adorado en donde la felicidad, más adorada que la Virgen y menos presuntuosa que ella, prodiga a aquellos mozos fuertes y honrados y a aquellas muchachas de alma blanda el tesoro de sus caricias.

Aquileo, al querer darnos idea de lo que es la vida en los más apartados villorios de la tierra nuestra, lo ha hecho con sencillez. Su alma sencilla no habría podido darnos otra imagen del pueblo al cual pertenecía; por eso aquel idilio entre Lina, la doncella más guapa de la *Pitaya*, y Luis el joaquineño, el hijo de la tía Pascuala, pasa ante nuestros ojos lleno de vida, lleno de ternura, lleno de amor, evocado con maestría en pocas frases:

*Detiene el joven su potro
frente al pretil de la dama,
le saca unas cuantas plumas
y luego lo sienta en raya.
Ata las riendas al pico,*

*deja la bestia enfrenada
y casi oculta en el vaho
que el sudoso cuerpo exhala,
y después de un «buenas tardes»
da la mano a su adorada.
De los labios de los mozos
no se escuchan más palabras.
Ambos se ven y se admiran,
ambos suspiran y callan.
Él está como la cera,
ella está como la grana.*

Pero el cuadro así no queda completo, hay algo que le da más relieve, y ese algo, dicho por Aquileo con ingenuidad encantadora, deja en nosotros los que vivimos lejos de aquella buena gente un sabor amargo que a veces nos parece nostalgia⁵:

*Los viejos que los atisban,
del corredor de la casa,
maliciosos y risueños
así dicen en voz baja:
—¿Te acuerdas de aquella tarde?
—¡No había de acordarme, vaya!
—¡Vos fuiste la que empezaste!
—El que empezó fue tu tata...
si él no me hubiera empujao...
—Petra, aunque no te empujara, ...
Y ambos se miran y ríen
con sus bocas desdentadas,
y se quedan silenciosos
pensando en glorias lejanas.
Mientras tanto, desde el cielo,
el sol sus rayos derrama
y, a lo lejos, un jilguero
ejecuta una romanza,*

⁵ Ver nota 2. (N. de la E.)

*y en el seno de la tarde
sus frescas notas desgrana.*

La frescura de ese cuadro se encuentra en muchas otras poesías en donde su musa, como la trigueña que con la tinaja al cuadril, por el trillo que conduce al arroyo de la selva, va cantando:

*Como el pajarito
que nadie a cantar enseña,
canta cosas delicadas
que saca de su cabeza!*

«Que saca de su cabeza»; oíd, vosotros, los que decís que nuestro pueblo es triste, vosotros los que hacéis llorar al campesino nuestro, porque otros hicieron llorar a los campesinos de otras naciones. «Que saca de su cabeza» es la frase más acertada de las que Aquileo usó refiriéndose al *concho* y a la *concha*. Nadie les ha enseñado las palabras, nadie les ha enseñado el *ritornello*, y sin embargo, ellos cantan, adaptando las palabras a una música que no es de nadie y adaptando la música que es suya, palabras que son de todos:

*¡Qué alegre que está la tarde,
qué bonita, qué serena!,
¡qué buscan las tortolitas
que corren entre las hierbas?
Muy buenas tardes, jilguero,
¿cómo está tu compañera?
¡Estrellitas de los cielos,
quién os mirara de cerca!
¡Adiós, colibrí orgulloso,
yo sé lo de la azucena!
Mariposa de oro y grana,
volad, que la noche llega.*

Roberto Brenes Mesén, uno de los intelectuales de más valía en Costa Rica, analizando el libro de Aquileo, principalmente en la parte que a las *concherías* se refiere, dice que en el campesino nuestro existen dos

sentimientos que predominan: el culto tributado a la madre y el amor prodigado a los bueyes. Esos dos sentimientos, que llevan casi por completo el alma del pueblo de Costa Rica, saturan las poesías que Aquileo reunió bajo el título —título que es toda una promesa— de *Concherías*. *Conchería* es lo que hace, lo que piensa, lo que dice el *concho*, su manera de amar, sus palabras favoritas, sus sentimientos, sus ideas, todo eso es conchería y todo eso son las poesías del bardo cuya muerte prematura ha venido a llenar de tristeza a quienes lo amaban, es decir, a todo el pueblo costarricense.

Su libro, que el Gobierno de su patria ha hecho editar por tercera vez, tiene un gran valor social, puesto que en él quien desee estudiar la psicología del pueblo costarricense, encontrará datos ciertos, cosas que existen verdaderamente, sentimientos que son sentimientos, porque es una obra tomada del natural, mejor dicho, vivida con toda el alma por un poeta que amaba a los campesinos compatriotas suyos.

Se hablará —ahora que duerme en el camposanto de Barcelona⁶— de alzarle un monumento que testimonie el cariño que le profesaban los costarricenses. Se hablará de perpetuar en el mármol la imagen suya y en la piedra el nombre suyo. Se dirán tantas, tantas cosas, se harán tantos, tantos proyectos, porque nosotros los costarricenses, como los latinos en general, sentimos la necesidad de dar cuerpo, aunque sea de piedra, de mármol o de bronce, a nuestros sentimientos; pero no se dirán sino palabras huecas alrededor de aquella estatua, no se leerán en su honor sino discursos académicos que olerán a sermón de viernes santo; y nadie recordará que posee un monumento, una estatua —como queráis llamarle— en el alma de aquel pueblo «sencillo y supersticioso, calculador y crédulo, galante y generoso», al cual le dedicó todo su amor y toda su fe de artista.

OBRAS, de Rafael Ángel Troyo

En el canto XII del Purgatorio y precisamente en el terceto 32 un ángel, que baja a indicar a Dante y a Virgilio la vía para llegar a la segunda meseta en donde se encuentran purgando sus penas los envidiosos, exclama:

O gente umana, per volar su nata,

⁶ Sus restos fueron trasladados a Costa Rica en 1915. (N. de la E.)

perché a poco vento cosi cadì?

«¡Oh, humana estirpe, nacida para remontar el vuelo! ¿Por qué el menor viento te derriba así?»

Pensamiento grandioso que todo joven debe llevar grabado en su memoria como una eterna reconvención. ¡Tener alas y arrastrarse! ¡Sentirse capaces de vencer al viento con todas sus furias y dejarse abatir por la más delicada brisa! ¡Estar destinados a vivir, como procelarias⁷, en medio de tempestades rugientes y contentarse con vegetar inútilmente entre malezas y alimañas! ¡No! La juventud no debe ceder sus derechos. ¿En dónde está nuestro puesto? ¿Allá en las nubes, iluminados por entero por el sol del triunfo? Pues a escalarlas cual otros gigantes al asalto del Olimpo. No existe para los verdaderos titanes de la energía conciente [*sic*], un Júpiter capaz de arrojar rayos contra quienes confiados se adelantan a la conquista del reino que les pertenece.

Apartarse de las pequeñeces de la vida o servirse de ellas del modo con que se sirve quien ve solamente lo que está allá en lo alto, como recompensa al valeroso; remontar el vuelo con esperanza y con fe, subir siempre, cada vez más arriba, ese es el Evangelio de la juventud. Remontar el vuelo, usar las alas continuamente, batiendo con ellas, en cada instante, nuevas atmósferas, agitar al mismo viento, deshacer nubes y provocar lluvias benefactoras para las siembras que de nuestros ideales hemos ido haciendo en otras mentes, ese es único salmo que la juventud puede cantar a la juventud, esa es la única plegaria que debe aparecer en los labios de quien se siente dueño de sí mismo.

Y ese salmo, y esa plegaria la entonó, con sinceridad, el poeta costarricense que hizo el eterno viaje cuando escuchaba las armonías deliciosas que de muchas bocas vírgenes se alzaban al cielo suplicándole que calmase las iras de la tierra que, en aquellas épocas dolorosas para Costa Rica, estaba en continua convulsión.

Me refiero a Rafael Ángel Troyo, poeta en prosa que siempre tuvo en alto el estandarte del ideal y que en el altar de sus aspiraciones nobles

⁷ *Procelaria* se deriva de procela: borrasca, tormenta. (N. de la E.)

dejó, como una herencia de ternura, cinco libros bellos: *Terracotas*, *Ortos*, *Corazón joven*, *Poemas del alma* y *Topacios*⁸.

En 1900 apareció el primero de ellos; son doce cuentos saturados de una delicadeza indecible y escritos con todo el cariño de que es capaz un artista como Rafael Ángel.

Se inicia el delicioso desfile con «La limosna», en cuyo ambiente flotan aquellas dulcísimas armonías que el genio wagneriano entonó en honor de la estrella de la tarde en su artístico *Tannhauser*. Las notas aladas surgen de un viejo violín obedeciendo a las caricias del arco dirigido por el alma de un mendigo quien de aquella manera cree conmover a los pasantes y obtener así una limosna. Otro mendigo, artista él también, porque es artista quien siente con intensidad la belleza de cualquier obra de arte, al escuchar aquellas frases musicales que son un canto de luz, experimenta una gran ternura; los lamentos de la vieja caja descolorida despiertan en su alma la compasión por aquel músico desheredado de la fortuna y le hacen olvidar que también él es un pobre mendigo, le hacen olvidar que también debe extender la mano en solicitud de un pedazo de pan para calmar sus hambres. Y el efecto de aquella romanza magistral es tan intenso que lo lleva a deshacerse de la moneda que un compasivo transeúnte le acaba de dar; en su éxtasis artístico hundió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó de su profundidad un centavo y con voz temblona y llena de dulzura dijo: «Tomad, amigo, que tocáis muy bien». Pero como ambos eran ciegos el centavo fue a perderse en la nieve... Este cuento es de una hermosa intención: el arte, el sublime arte, ya se manifieste en una forma o en otra, conmueve a las almas que no están pervertidas y despierta en el fondo de ellas y los hace salir a la superficie, los más bellos pensamientos y los más delicados sentimientos.

En esta teoría de amables narraciones viene, en segundo lugar, «El trajecito blanco»; Rafael Ángel describe la dolorosa resignación de una delicada niña, Graciela, quien ve ensuciado y destrozado por su padre ebrio el vestidito de nieve con el que iba a hacer la primera comunión. Por su padre, solamente por su padre iba a hacerse bella y a visitar el templo, vestida completamente de blanco, para suplicarle al Señor que hiciese bueno

⁸ El autor se ha referido al terremoto del 4 de mayo de 1910, que afectó principalmente la ciudad de Cartago. El poeta Rafael Ángel Troyo (1875-1910) fue una de sus víctimas. (N. de la E.).

al autor de sus días, que lo obligara a aborrecer el licor impidiéndole encenagarse más en el vicio.

Aquel día no hizo su primera comunión, pero el beso apasionado que depositó en la frente de su padre despertó en éste la dignidad adormecida haciéndole reflexionar acerca de sus obligaciones y convenciéndole, tal vez, de que aquella encantadora chiquilla era un tesoro que necesitaba de sus cuidadosos afanes los cuales no podía dedicarle si continuaba malgastando su dinero y su energía en aquella costumbre degradante.

«Malicia» es un cuentecito delineado según la manera de Catulo Méndes⁹, que obliga a sonreír al considerar la ingenuidad maliciosa con que Marieta se hace dar besos por una linda avecilla que desde Australia le envió de regalo una tía suya. Y hace sonreír también la cólera de la niña al ver su labio mordido por el inteligente pajarillo que, en vez de picar el grano de arroz que Marieta le ofrecía prisionero entre sus dos labios rojos, prefirió probar la fresa sensual y húmeda de su boca lindísima.

¿Qué ira a suponer mamá cuando me vea? se pregunta con inocencia Marieta. ¿Qué podrá decir? ¿Es que los labios pueden ser besados y mordidos por otros seres que no sean las mimadas avecillas?

Un músico visionario es el protagonista de la siguiente página titulada «Samuel Rodin», un ser raro que amaba la música con toda la ternura de su alma delicada y soñaba con la gloria como con una novia ausente. A menudo hacía peregrinaciones íntimas ala país del ideal, de donde volvía cada vez más vigoroso, cada vez más decidido a seguir tejiendo ensueños de armonías con las cuatro evocadoras cuerdas de su violoncello.

Vivía aspirando a que se le hiciera justicia al pájaro loco que revoloteaba en su cerebro creador; vivía deseando que el mundo que se arrodilla con el alma ante los millonarios del oro, un día abandonara aquella idiota devoción y se rindiera admirado, de rodillas también, ante los millonarios del talento entre los cuales se encontraba el visionario Samuel Rodin.

Y con esas aspiraciones una noche se encaminó decidido a conquistar su puesto entre los magos de la armonía, pero un público, hecho de mercaderes y banqueros, silbó sin compasión los luminosos arpegios en los que el alma de su violoncello sollozaba las tristezas de aquella vida. Loco

⁹ Catulle Mendès (1841-1909), poeta francés, asociado al parnasianismo. (N. de la E.)

de dolor y loco de vergüenza abandonó todos sus ensueños y siguió, día y noche, acariciando las cuerdas de su instrumento mágico en las alamedas del jardín de Luxemburgo esperando siempre que un celeste mensajero le llevase la buena nueva: las puertas de la Ópera están abiertas para tu música encantadora. Pero aquella coronación ansiada no llegó nunca, las armonías sinceras de su alma subían como sube el humo del incienso, hacia arriba, hacia arriba, sin que ninguno de los hombres pusiese su alma a apreciar aquellos perfumes armoniosos que saturaban el cerebro del músico ambulante. Sólo la muerte, sólo la misteriosa segadora fue compasiva: un día lo encontraron rígido, muerto, al pie de la estatua del artista que cantó el amor delicioso de la rubia Mimí; tenía circuida su cabeza, poblada de bucles negros, por una corona, no la ansiada corona que la fama asienta sobre las frentes privilegiadas, sino una diadema de cándidas flores que la nieve había ido tejiendo, durante la noche, alrededor de aquella cabeza saturada de armonías y de melodías.

«El dulce nombre de madre», en la siguiente narración, es como un conjuro mágico ante el que resucitan muertas dignidades, ante el cual las almas que gozan en el vicio se sienten purificadas como aquella desgraciada griseta que ahogaba en el licor los gritos desesperantes de su carne insaciable.

«El vendedor de periódicos» y «Sangre de rosas» son dos cuadritos llenos de delicadezas lo mismo que el poema en prosa titulado «En la playa», poema de dulzura tanta que al bardo colombiano Isaías Gamboa le inspiró una paráfrasis encantadora¹⁰.

Hermano gemelo de Samuel Rodin es el pobre Mirlo de París, el poeta protagonista de la página «El fin del poema», quien, para vengar las hambres que sufren él y todos los miserables del mundo, escribe un canto que es un mordisco de aguilucho; pero la tinta falta antes de concluir y el artista, en su inspiración santa, continúa escribiendo con la sangre de sus venas las últimas estrofas, bellas y atrevidas como bandada de soberbias águilas.

«La mariposa de la luz» es sin disputa una de las más bellas páginas de este pequeño libro; la mariposa de luz tras la cual corren todos en el

¹⁰ Isaías Gamboa (1872-1904), poeta colombiano. Es muy probable que Garnier se refiriese a «Ante el mar», fechado en 1901; es uno de sus más conocidos poemas. (N. de la E.)

mundo, la que cantan en sus más inspiradas rimas los poetas de la humanidad, la que huye, huye siempre sin que nadie logre alcanzarla, es de tanta fatalidad que cuando algún mortal puede poseerla se vuelve loco porque aquella mariposa de luz es muy frágil y en las manos más delicadas se deshacen sus alas en polvo dorado que el viento inclemente se lleva. Es la felicidad la mariposa de luz que a nadie le es dado alcanzar porque no somos lo suficiente delicados para no deshacer entre nuestras manos sus alas que, al menor soplo, se transforman en una lluvia de polvo de oro impalpable.

Cierra el libro de una manera incomparable el sacrificio que, por una onda de calor para su abuelita moribunda, hace de su violín la deliciosa Leda. Por ver desentumecerse los miembros rígidos de aquel ser amado, Leda arroja al fuego a su compañero de todos los momentos, al violín encantado que, con sus frases sonoras, le daba fuerzas para vender todas las contrariedades de la existencia. Ya no lo oirá de nuevo gemir con Chopin en sus nocturnos dolorosos ni entonar los cantos de ensueño de Schumann ni las armonías llenas de esperanza de Mendelssohn; pero ella no queda contenta, su sacrificio ha sido inútil porque cuando empezaba a esparcirse la luz en la bohardilla y las cuerdas entonaban sus últimas notas al ser pulsadas por las llamas lujuriosas, la enferma tembló súbitamente y cerró los ojos.

Tres años después de la aparición de Terracotas vio la luz pública el segundo libro de Rafael Ángel Troyo: *Ortos*, estuche precioso para unas joyas también preciosas. Son, el poeta los llama así, estados del alma suya recogidos, al pasar, en el sendero de una existencia privilegiada.

La primera flor de ese ramillete perfumado se titula «El fantasma de la gloria»; en ella vemos descrito lo que le pasa a todo ser que ansía llegar a ser algo, que agujerea con sus espuelas impacientes los ijares del caballo que lo lleva en raudó vuelo hacia el empíreo en donde solamente los genios viven, pero una mujer, vestida cual una hermosa walkiria, detiene por las bridas el corcel, besa con placer la frente de aquel pensador gigante y le indica el verdadero camino de la gloria, según ella. Y el crédulo caballero sigue sus consejos y en vez de llegar a hacer que los cascos de su cabalgadura levanten chispas de oro del camino tapizado de estrellas hacia donde iba dirigido, ve que el sendero desciende y lo lleva rápidamente hacia el abismo. Aquella beldad, contenta de su obra, se descubre: es la Envidia...

«En el silencio del crepúsculo» una ciegucecita desgraciada deshoja la inmensa flor de sus tristezas en el regazo amoroso de una amiga suya: la

ausencia de la luz, el perfume de las flores que la embriaga, la música, el lago de ensueños en donde flota la barca de sus desventuras y por último la aparición de ese misterio que se alberga en las almas llenándolas de luz intensa, el amor, el amor a un alma gemela, ausente y que quién sabe cuánto tiempo tardará en llegar!

«Cólera divina» se titulan dos párrafos en los que el artista evoca ante nosotros el sublime espectáculo del mar que, al entonar el himno sonoro de sus protestas gigantes, escupe, terrible en su delirio, con el azul de sus olas, el azul del firmamento.

En «La vuelta al hogar» describe la soledad que recibe a un pobre desgraciado quien, después de quince años pasados entre los fríos muros del presidio, vuelve al pueblecito natal en donde dejó llorando a su anciana madre y a su tierna hija. «Stella» es una delicada oración fúnebre de esas que saben hacer los poetas cuando, tras los pliegues del gran azul, se esconde para siempre el alma de un lirio cuyo perfume pasa por este mundo rápidamente como es rápido el vuelo de las mariposas.

De una dolorosa filosofía es la página titulada «La ola»; de ella no resisto al impulso de copiar la última parte:

*—Amada mía, ¿me amas?— la pregunté
Ella pensativa miraba el lejano horizonte...
—Sí, como aquella ola que viene allá, es mi amor!
Del distante confín venía una ola rodando,
creciendo, creciendo con su orla de espumas, con su azul
intenso, con su monótona cadencia...
—¡Qué grande y qué bello —pensé— es su amor!
La ola lentamente fue empequeñeciéndose con
rumor casi insonoro; al llegar cerca a la playa, ya era una
onda mansa.
Luego, dulce, desfalleciente, saltó sobre la arena,
regando a nuestros pies las néveas rosas de sus espumas.
Días después... recordaba con amarga tristeza la
tarde aquella en que me dijo que su amor era como la ola
del confín...! ¡La pérfida ola, la ola voluble que se agigantó
por un momento bajo el beso de la luz, para morir después
sobre las arenas de la playa solitaria...*

También es delicado como un madrigal el poema en prosa que el poeta tituló «En el rosal»; un ave blanca buscaba tierno refugio en donde hacer su nido y encantada por la belleza de un rosal cuajado de blancas rosas, fabricó en él su hogar; más tarde, después de embriagarse con los perfumes que emanaba la planta, la pobre avecilla, al abandonar el delicioso nido, dejó en cada espina una pluma y en cada rosa una gota de sangre cual rubí. Del mismo modo el corazón del poeta, pobre ave peregrina, entre las flores de belleza de la amada hizo su nido embriagándose con los aromas de sus ensueños, pero las agudas espinas de los desdenes lo hirieron de muerte.

Amoroso, de un amor intenso es «Azul» formado por tres párrafos cortos:

Tras el azul de los cielos se despliega el luminoso infinito de lo incommensurable donde mora Dios. Bajo el azul del mar duerme el oscuro abismo del misterio, donde se agita la tempestad. Y bajo el azul de tus ojos, dime, ¡oh mi adorada!, ¿qué habrá?, el luminoso infinito de los cielos donde mora Dios o el oscuro abismo del Océano?

Amorosos son también: «Flor roja» en el que, con una crueldad inaudita, la amada, al ver a su amante rendido, le pide la purpúrea flor de su corazón para deshojarla como una margarita; y «Alba», en donde la melancólica luz de la luna despierta en el poeta el recuerdo de la palidez ideal con que se cubrió el rostro de la adorada cuando el amor iluminó por primera vez su faz divina.

Ortos, en resumen, es un libro de páginas intensas, sinceras, que levantan el velo bajo el cual se ocultan los dulces sentimientos del poeta.

El estudio que ahora inicio acerca de la única novela de Rafael Ángel Troyo lo hago sobre el volumen que el poeta se había dejado para sí, como recuerdo de esas horas encantadoras en que se corrigen con cariño las pruebas de imprenta del último libro que hemos escrito; lleva algunas en páginas observaciones tuyas y en casi todas el «correcto, tire» subrayado dos veces, en orden perentoria con que el autor impone a sus producciones el salir a la luz pública. Ese libro precioso por su valor de recuerdo, lo encontré tirado bajo los anaqueles de una tienda de mala muerte en los alrededores del Mercado de San José, resto, tal vez único, de la biblioteca del poeta que fue

vendida al mejor postor permitiendo que se pisotearan las cartas que al artista habían dirigido otros artistas, que se asaltaran aquellas reliquias cuyo valor todo ciudadano inteligente aprecia porque sabe lo que representan: una vida de emociones, de trabajos, de inspiraciones delicadas.

Corazón joven es una novela psicológica, una de esas novelas en las que el conflicto se efectúa dentro de las almas sin golpes de escena fuertes sino suavemente, serenamente como desaparecen en la orilla las ondas que un cuerpo al caer produce en la superficie rizada de un lago.

El relato está dividido en tres partes: en la primera titulada «Primavera» el autor nos presenta a la tía Gabriela, una encantadora protagonista que desde el primer momento se capta nuestras simpatías, es una viejecita delicada que nunca conoció el amor y que, sin embargo, al caer la tarde de su existencia se siente atraída con pasión vehemente hacia el único ser que le ha dirigido palabras de cariño, hacia su sobrino Jorge quien, por su parte, incapaz de comprender que el amor no nace solamente en los vergeles primaverales sino también en la nevada y solitaria cumbre de los montes, se prenda de una manera irresistible de Margarita, la bella ahijada de la anciana Gabriela.

En la segunda jornada que lleva por título «Hojas de otoño», asistimos a los idilios de aquellos dos enamorados, idilios que constantemente interrumpe la tía Gabriela porque esas demostraciones no son sino demostraciones de juventud, de eso que ha sido su eterna melancolía desde la edad en que ya no pudo llamarse joven. Cuando veía a Margarita correr tras una mariposa como se corre tras un ideal, despertaban en su alma las aves negras del recuerdo que en su interminable vuelo daban golpes de muerte a las blancas torcaces de la esperanza de amar y de ser amada. En esta parte es precioso, por su delicadeza sincera, el relato de la muerte del corderito más bello entre todos los que forman el rebaño de una gentil pastora.

Los celos despiertan en el corazón de la desgraciada tía Gabriela y para liberarse de ellos la anciana, de espíritu selecto, ejecuta en el clavicordio su romanza favorita, un poema de nieblas que al morir en medio de la soledad de aquellas tardes de otoño suena como el fatídico canto del cisne que se lleva su alma en las últimas notas.

Crean los enamorados que la tía es egoísta, que aquellas rudezas suyas, que aquellas manifestaciones de desagrado por el cariño que recíprocamente se profesan no son otra cosa que egoísmo crudo y pasional

cuando no son sino ansias supremas, generosas de conceder el alma a las vibraciones de un amor correspondido.

En la última parte del volumen titulada «Nieves» vemos los trabajos que hace la viejecita por impedir el matrimonio de Jorge con Margarita pero todo se dispone en contra de ella; nadie es capaz de comprender el inmenso dolor que satura su existencia porque ninguno logra darse cuenta del sarcasmo terrible: ¡llevar corazón cuando se llevan canas y se llevan desengaños! Y entonces comprende que su amor es un imposible, ¡un ensueño maravilloso en el que se había adormecido su alma confiada para que más tarde la despertaran con sobresalto los rencorosos huracanes de la existencia!

En 1906 apareció el penúltimo de los libros de Rafael Ángel Troyo: es una colección de prosas reunidas bajo el título general de *Poemas del alma*, lleva como prólogo una frase del estudio que José María Vargas Vila le dedicó al escritor costarricense en sus *Prosas Laudes*.

Se abre el volumen con una parábola encantadora: «El cóndor y el mar», en ese cóndor vemos el símbolo de las almas grandes que contemplan las olas rugientes de la suerte asaltar el escarpado peñón en que han detenido, por un instante no más, el vuelo prodigioso. El iracundo oleaje, con su música apocalíptica, trata de atemorizar al ave fuerte pero ésta, en vez de mirar hacia el abismo, dirige los ojos al espacio infinito, escudriña con ellos los negros nubarrones buscando más allá, muy allá, el jardín azul de los ensueños para ir a soñar con las bellezas de un porvenir lejano. Cuando la roca tiembla estremecida por el empuje soberbio de las olas rabiosas, el cóndor, desplegando sus alas, las contempla un instante, las ve fuertes, capaces de luchar con el viento y con la lluvia y alza el vuelo, majestuoso, en busca tal vez de otro peñón más alto desde el cual saludar entusiasmado la aurora que debe levantarse bellísima después de la tempestad.

De ese poema en prosa que inculca muchos alientos en quien lo lee hizo una preciosa paráfrasis el inspirado poeta costarricense José María Zeledón en su único libro: *Musa nueva*.

Muchos de los escritos que aparecen en este volumen están saturados de tristeza: «En la estepa» nos muestra la muerte solitaria de un héroe; «Guantes para sus manos» es de una crueldad inaudita: se refiere en ella el poeta al sacrificio de un herrero quien día y noche trabaja para que su mujercita sea elegante sin pensar que esa elegancia la llevará a caer en los

brazos de un tenorio cualquiera; en «Nocturno» apreciamos la honda nostalgia del presidiario que entona el canto de la tierra al son de una guitarra; es una tristeza diferente la que llena el cuento titulado «La muerte de Lelia», una pobre tísica que ve desaparecer poco a poco todos sus encantos y todos los encantos de la vida y que se resigna y se consume en silencio viendo gozar a los demás lo que a ella le está prohibido para siempre. Y el deseo de aquella huerfanita de «La cacería de mariposas» de tener un par de alas para volar a los hombros de la niña rubia, de ojos azules y de trajecito de seda que da de comer a las avecillas sus amigas, ¿no es de una profunda tristeza?

Este libro es bello, de una belleza melancólica saturada de energía solamente en aquel hermoso cuento simbólico titulado «El cóndor y el mar».

El último volumen de Troyo, *Topacios*, apareció en 1907. ¿El último? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe cuántos originales dejó dispersos el poeta, originales que tal vez estén perdidos para siempre y cuyas bellezas no podremos nunca gustar!

Quien estudie con cariño la obra total de Rafael Ángel Troyo no puede olvidar la malicia ingenua que llena el cuentecito titulado «Las manzanas», ni la tristeza que nos envuelve al saber que la nietecita del hombre más viejo de la aldea ha muerto, ni la dulzura de «Aquella noche», delicioso idilio, ni la profundidad de la parábola que lleva el nombre de «Eterno anhelo»: subir, subir siempre y cuando se llega a la altura se exclama: ¡Ah, qué lejos está el cielo todavía! Esa frase, no obstante su desconuelo, da alientos para seguir subiendo, cada vez más arriba, aunque nunca alcancemos el cielo. El genio es ese precisamente: sentir ansias de subir siempre, aunque sepa que aquello que anhela no lo llegará a obtener nunca. Quien se sienta a llorar, a la vera del camino, por lo inútil de sus esfuerzos, quien se abate ante los primeros golpes del destino, ese no lleva encendida dentro de sí la antorcha del genio que ilumina todos los senderos.

Debemos ser cual Anteo quien al caer debido a los golpes terribles de la clava de Hércules, de su madre, la tierra generosa, recibía más energías que lo impulsaban a ponerse de pie y a desafiar las iras, cada vez mayores, del semidiós.

No pertenece Troyo al tipo psicológico que en literatura ha dado en llamarse simplista, es decir, no pertenece a ese grupo de escritores tan

comunes en Hispano América que el propio vacío interior y la decadencia del espíritu no alimentado con lecturas de pensamiento, tratan de esconderlos con una sencillez de estilo y de argumento, sencillez que no es otra cosa que insinceridad. Troyo nunca perteneció a ese grupo de fracasados que en las escuelas y en los liceos no quisieron aprender nada, que no han leído los clásicos ni han estudiado la historia literaria porque esas son atribuciones de los críticos a quienes —con inmenso desprecio, tan inmenso como su propia ignorancia— se atreven a llamar ratas de biblioteca. No, Troyo fue un intelectual verdadero, leía mucho, antiguo y moderno: lo vemos en las diversas influencias que se notan en sus artículos. El supo entusiasmarse sinceramente ante las bellezas de cualquier libro porque tenía abierto el espíritu a la bondad y podía indicar con ingenuo encanto en cuál página de un libro mediocre se encontraba una frase armoniosa o un pensamiento bello.

Troyo fue un verdadero poeta lírico en prosa: en su obra contemplamos un desfile no interrumpido de aspectos de la naturaleza y de la vida interna del espíritu. Pero la naturaleza que él la sintió de verdad; los aspectos de la naturaleza los apreció por medio de sus propios ojos y bajo la influencia de su mente privilegiada.

La vida interna del espíritu se refleja en todos y en cada uno de los artículos que nos dejó Rafael Ángel; casi todos ellos, en frases cinceladas con amor, se encuentran saturados de una poesía hecha de intimidad que muy pocos han sabido apreciar.

Su obra, sincera y bella, merece el recuerdo de todos porque en ella el poeta, como el soberbio «Piton des neiges» que canta Leconte de Lisle, *drapé de neige, il attend le Soleil*.

EL CANTO DE LAS HORAS, de Roberto Brenes Mesén

Con la conjura del silencio, la que más ennoblece a quien la provoca y la que más envilece a quienes la usan, ha sido recibida por muchos de los intelectuales de Costa Rica una obra de arte verdadero que por mil razones debía ser tratada de otra manera; me refiero a El canto de las horas, ensayo de estética muy profunda que pone de relieve la gran facilidad con que su autor maneja el castellano y las muchas bellas ideas que posee con respecto a lo que es y a lo que debe ser el arte.

Roberto Brenes Mesén, como intelectual merece uno de los primeros puestos entre los pocos hombres que, actualmente en Costa Rica, dedican sus energías al cultivo de las artes en general y de las letras en particular. Su manera de razonar las cosas —aún cuando esas cosas impliquen ideas que no dividimos— hace agradable la lectura de sus escritos en los cuales la frase aparece completamente redondeada, sin necesidad de ser pulida más; tal es el cuidado que Brenes Mesén pone al expresar sus ideas que al leerlo parece estar leyendo algo de poema en prosa que lleva en sí mucha armonía y mucha sinceridad.

El canto de las horas es un estudio de interpretación del arte y de sus diversas manifestaciones, el amor de creación, el poder de la obra de arte, el poder creador del pensamiento, el alma de las cosas, la castidad en el arte, la inspiración, la ley de obediencia al maestro, son tópicos a los cuales en ese libro corresponden desarrollos bien razonados y bien modelados. Aquellas frases son frases de artista que defiende lo que es su ideal de belleza con toda la firmeza de una creencia segura y completa.

En el primero de los estudios que forman *El canto de las horas*, Brenes Mesén habla del éxito y de la gloria que se traducen actualmente en el afán de aplausos a que se ha acostumbrado la mediocridad reinante en estos países de tan poca cultura artística, en donde se trabaja por ser popular sin preocuparse para nada de lo que vendrá, de aquel porvenir encantador en cuyas horas desearíamos oír pronunciados nuestros nombres como se pronuncian hoy los de aquellos artistas que crearon verdaderas obras de arte.

Ese amor a la gloria de parroquia es el que ha echado a perder a muchos de nuestros mejores escritores, quienes se han dedicado a producir siguiendo los gustos del consumidor, a hacer de bufones mientras el público, el soberano, les arroja las migajas de su mesa, eso que con tanto orgullo ellos llaman popularidad.

La gloria repentina no puede producir obras de arte: es debido a eso por lo que en América aún no poseemos una obra que merezca con justicia ese nombre; casi todos nuestros literatos escriben siguiendo, en sus evoluciones artísticas, las evoluciones nada artísticas de los pueblos para quienes producen; muy pocos de entre los intelectuales de Hispano América logran salvarse de esa crítica que con razón nos mueven los europeos cuando se dignan ocuparse de nosotros.

Debemos trabajar para el porvenir, para ser inmortales, haciendo que esa inmortalidad la vayamos fabricando nosotros mismos sin temor a las

indiferencias de los hombres con quienes nuestra suerte o nuestra desgracia nos hace vivir, sin desmayar nunca en el camino emprendido hacia el ideal, sea el que sea, porque, aunque en apariencia los ideales son muchos, en realidad no forman sino un único ideal, el ideal que tiende a la magnificación humana a la cual se puede llegar, con fe y con esfuerzo, por muy diversos senderos.

Lo que pasa con esos ideales es que hay que servirlos con amor hacia ellos y con respeto hacia los que parecen ideales contrarios a los nuestros. La tolerancia es sin duda alguna el atributo del verdadero artista enamorado del ideal, los intolerantes no son artistas, son falsarios del ideal cuyo fanatismo —rojo o negro, lo del color es accesorio— implica desconfianza en la propia idealidad o en la fe con que sirven esa idealidad. El artista verdadero es tolerante porque no piensa en las batallas de hoy, porque para él, son ruido de tormenta que sólo asusta a las mujeres y a los niños, el aplauso o la crítica de sus contemporáneos. Su mirada está puesta en el porvenir y allá, de seguro, no habrá divisiones de intereses tan profundas como las hay en nuestros días: así como hoy al admirar a Dante nos parece imposible que en el mismo seno de una misma ciudad, Florencia, hubiera dos partidos que se odiaran a muerte, güelfos y gibelinos, así más allá de nuestra vida, a nuestros verdaderos críticos les parecerá imposible que existieran en una misma tierra partidos más grandes, los cuales, enarbolando banderas de colores vistosos, llegaran a despreciarse hasta el punto de mirar con completa indiferencia una obra que del arte presentaba todos los aspectos, cuando esa obra era hija de un cerebro que rendía pleito-homenaje a ideas que no eran las de todos.

Esa intolerancia obedece al defecto apuntado por Brenes Mesén en su segundo estudio, es la emanación directa del narcisismo: «enfermiza contemplación de sí en el elogio, en el aplauso enguantado de blanco». Como quieren adorarse y adorar las propias ideas no ven o no quieren ver a los demás, quienes, al pasar, dejan una estela de arte que no siendo egoísta es arte verdadero.

La obra de arte, engendra la obra de arte, dice más adelante el autor al tratar del poder de las cosas artísticas. Los que llevan en su mente algo que de verdad vive, al admirar un cuadro hermoso, al oír una melodía delicada o una estancia sonora, al apreciar las curvas sugestivas de un grupo escultórico, al ver la belleza de un edificio suntuoso, sienten dentro de sí una ansia de creación que no se declara satisfecha sino cuando ha producido lo

que le es dado producir: una poesía, una estatua, una miniatura, una sonata o un capitel caprichoso como los que coronan las columnas de San Vidal en Ravenna.

La frase *anch'io son pittore* es de una sinceridad grandísima¹¹; ante las obras de arte de los demás quien es artista se siente saturado de entusiasmos creadores que no saben apreciar quienes llevan ya mutilada por la envidia el ansia de producir.

Así como ante un arpa que hacemos vibrar, las otras que le están cerca vibran también como obedeciendo a una simpatía sonora, así ante un cerebro que vibra dando a conocer lo que es capaz de engendrar, nuestros cerebros, cuando no están atrofiados, se sienten movidos por una fuerza irresistible que los impulsa a no ser infecundos y a dar a la humanidad lo que están obligados a producir.

El autor no es de los fracasados que desprecian la crítica; para él la crítica es creación cuando interpreta y cuando comenta. La crítica, aún cuando hace su aparición muy tarde en el desenvolvimiento del arte en una nación, es uno de los más elevados géneros, pues ella lleva hacia quienes la desconocen, las bellezas que posee una obra maestra, poniendo en buena luz esas bellezas para que sean admiradas de la misma manera que un pintor coloca su cuadro a determinada altura, en determinadas condiciones ópticas y, a veces, eligiendo los cuadros que deben estarle cerca, todo para que de su obra irradie la completa belleza que él derramó al concebirla.

Hay hombres —y de ellos hay muchos en nuestra América bienamada— cuyas palabras no llevan el sello del pensamiento que las hizo surgir. Son papagayos que en el reducido círculo de la existencia política, literaria y social de estos países van repitiendo eternamente la eterna palabrería que les malenseñó un demagogo cualquiera, sin ideales o un literato sin lastre artístico. Esa tendencia a hablar mucho sin decir nada es la que ha corrompido nuestra vida, la que nos ha convertido de jóvenes entusiastas que éramos en mujerzuelas coquetas, las cuales no aspiran sino a ser elogiadas a cada instante y por cualquier razón. Esas personas que no saben meditar son las que, a fuerza de lisonjas, nos han hecho creer que hemos llegado adonde no se puede llegar sino con el empuje maravilloso de

¹¹ La frase procede del pintor renacentista Antonio Allegri da Correggio, quien contemplando unos frescos de Rafael Sanzio en el Vaticano, profirió la frase «¡También yo soy pintor!» (N. de la E.)

los pueblos verdaderamente sanos; son ellas las culpables de nuestro ensimismamiento por medio del cual hemos podido convencernos de que somos la América encantada, la tierra de las libertades, el suelo en donde radica todo bien humano; sin que nos detengamos un instante, un instante no más, a meditar en un porvenir sombrío cuyas nubes precursoras ya se alzan amenazantes en el horizonte de algunas repúblicas hermanas.

Si pensáramos, si construyéramos ese castillo interior que todos podemos poseer, muy distinto sería nuestro destino, mucho más satisfactoria sería la vida en estos países a los cuales la naturaleza no ha negado ninguno de sus dones. Y el libro de Brenes Mesén enseña a pensar, induce a considerar muchas de las cosas que para la mayoría son accesorias, atrae la atención hacia el arte, saturándonos el alma de desprecio para todo lo que es engendrado sin amor, para todo lo que nace amparado en la bufonería y en el mercantilismo.

Al leer aquellas páginas en un estilo elegante, a su autor, sea quien sea, piense como piense, pertenezca a una u otra de las divisiones en que la humanidad ha querido clasificarse, hay que saludarlo como se saluda a un verdadero artista cuya obra señala el primer paso dado en Costa Rica hacia la literatura ensayista, deliciosa literatura que piensa armoniosamente en estrofas sin rima, que con tanto amor cultivaron Emerson y Carlyle y a la cual, en estos últimos años, han dado mucha importancia en nuestra América, Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Manuel Díaz Rodríguez, Carlos Reyles y Pedro Henríquez Ureña.

MUSA NUEVA, de José María Zeledón

Cuenta D'Annunzio en su bellísima *Contemplación de la muerte* que en la colina de Francavilla, en un sendero salvaje que conduce al Convento en donde, con su amigo el pintor Francisco Pablo Micheti, pasó sus días más bellos, vio una vez que del tronco cortado de un viejo laurel salían muchos retoños que al nacer parecían brotar de la madera como pequeñas llamas verdes. Cada vez que el grande poeta pasaba por el sendero se imaginaba que el tronco convertía aquellos retoños en lenguas locuaces para decirle ¡no desesperes! ¡no desesperes!

Así me sucede a mí, cuando paso la vista por las páginas de un libro que a muchos no dice nada y que entona para mí, con las lengüecitas locuaces de sus palabras, el canto de la esperanza.

Uno de esos libros que conservo con mucho cariño y que de vez en cuando abro para escuchar sus estrofas de vida es el que José María Zeledón publicó, con el título de *Musa nueva*, en 1907.

Cuando se leen esas poesías se comprende por qué Alfredo de Vigny dijo las bellas palabras:

gemir, pleurer, prier est également lâche

porque sus poesías que muy bien responden al nombre que él les ha dado son cantos de vida, de esa vida superior a la que aspiran los modernos escritores sudamericanos.

Gemir, llorar, orar eran las tres únicas cuerdas que, de sus liras, hacían vibrar los poetas del Nuevo Continente, aquellos que ven, en el mundo, solamente los paisajes

*que hace siglos de siglos se tienen como bellos,
como bellos no más*

Y que se complacen en la contemplación de

*las viejas, borrosas perspectivas
que idearon los abuelos, visiones fugitivas
que ya deben pasar.*

Pero ahora, la valiente juventud que desde Méjico y Guatemala hasta Chile y Argentina se levanta orgullosa, entona los bellos cantos de libertad y de arte diciéndonos, con acentos de amor acendrado, que los esclavos sentimientos de las medianías deben despreciarse.

Esa juventud luchadora que habla con sus propias palabras, que a nadie copia y que ante nadie se inclina en espera de un favor pequeño o grande, repite con la musa nueva de Zeledón:

*alzaad artistas bravos, el hacha redentora
de un arte joven, digno de la brillante aurora*

*que el astro de la ciencia derrama por doquier,
y destrozad los bosques de añejas tradiciones
al son de las viriles y audaces vibraciones
que vuestras arpas den.*

Quien no conoce a José María Zeledón puede llegar a definir esta verdadera alma de poeta leyendo las bellas estrofas que ha reunido en su primer libro. Es un pacifista convencido, ama

*la idea gloriosa de la concordia humana
que, vencida en su empeño por la ambición insana,
vuela hacia los combates con su vuelo fugaz,
y lleva a los que caen en insensatas lides
el fresco ramillete de frescos nomeolvides
cortados en el carmen distante del hogar.*

Es la paz la blanca imagen que su entusiasmo adora con cariño ferviente, en ella el poeta ve el robusto dique que detiene los pesares humanos, considerándola como el baluarte de la felicidad.

De los costarricenses que amamos la idea encantadora del feminismo, él es uno de los más entusiastas; no se podía esperar otra cosa del poeta cuya compañera es una humilde alma femenina que inspira al bardo sus mejores cantos y cuyas sonrisas, junto con las de sus hijos, alegres pajarillos de un hogar feliz, son lluvias de primavera que hacen florecer, de una manera delicada, el arpa que tañe la musa de Zeledón.

Esta felicidad doméstica le hace exclamar en un arranque de entusiasmo que sólo siente quien conoce el consuelo que pueden prodigar unas manos amorosas:

*Y aunque nos hiera sin piedad la suerte
y entorno a nuestro hogar ruja la pena,
tu siempre me hallarás altivo y fuerte,
yo siempre te hallaré constante y buena;
que unidos siempre por el dulce y puro
lazo de nuestro amor, la frente erguida,
iremos por los campos del futuro
entonando los himnos de la vida.*

Quiere que la mujer llegue a ocupar el puesto que le corresponde, que deje de ser el juguete de tanto tenorio ignorante y presumido que a todas las cree capaces de ser conquistadas por sus palabras llenas de adulaciones, por sus sonrisas estúpidas y por sus miradas de ternero recién nacido:

*Hemos jurado hacernos libres, como sois bellas,
seréis en la jornada las brillantes estrellas
que alumbrarán la senda con vivo resplandor.
Iremos a la cumbre soñada donde cantan los nidos
de los altos ideales, bajo el ala del sol.
Y de allá tornaremos trayendo la ventura
a todos los que lloran con llanto de amargura
porque no aman la Vida, la Verdad y el Amor.*

Es un gran patriota, pero de la Patria no tiene el concepto mezquino que poseen las mentes vulgares y que responde, de una manera negativa, a la rara belleza de la grande idea de la patria:

*¡Salve tierra pujante,
pedazo de la patria del futuro!
¡Tú has de ser libre y fuerte
como eres de gentil y exuberante,
no por vano capricho de la suerte
ni por la voluntad de tus cañones,
sino por los blasones
ganados en la lid de tus deberes:
por la hombría de bien de tus varones,
por la emancipación de tus mujeres!*

Siempre lo encontramos peleando a favor de los desgraciados y combatiendo a quienes merecedores de su ataque, sin ocultarse, como hacen tantos hombres de hierro que hieren sin piedad, protegidos por la sombra del anónimo o del seudónimo.

Ama a los desgraciados, basta escucharlo cuando dice a sus hijos, refiriéndose a aquellos niños para quienes la Nochebuena es una noche triste, sin esas ilusiones que forman el encanto de la mañana de la existencia:

*Hijos míos, esos niños desgraciados os esperan
y reclaman, angustiados, vuestro abrazo de amistad;
esos niños indigentes
¡cuánto dieran
por sentir sobre sus frentes
abatidas, esta noche la caricia maternal!
Vamos hijos, a llevarles
unas de esas varias prendas,
hermosísimas ofrendas
que han colmado vuestros sueños, que han colmado vuestro
afán.*

*Vamos hijos a decirles: «No estáis solos en el mundo»,
¡y veréis el gozo intenso, el placer grande, profundo
que derrama en sus miserias vuestro acento fraternal!*

O cuando dice que no canta para los grandes ni para los afortunados que ignoran las horribles angustias del dolor, ni exalta a los monarcas poderosos, ni adula a los tiranos que oprimen a los hombres con loco empeño. No, su musa es más altiva, canta

*a la inocencia pobre y desnuda,
a todos los que sufren y a los que lloran;
a los hombres que heridos por fiera duda
para su alma afligida consuelo imploran,
... al abrazo fuerte de los obreros
que empuña las banderas de la esperanza
y en las rocas feudales abre senderos
con el tajo invencible de su pujanza,
... a esos niños tan desgraciados
que del huérfano sienten la amarga pena,
que llevan los calzones muy remendados
y que piensan, tan tristes, la Nochebuena...*

En el libro que estudio, además de las composiciones de las que he entresacado las estrofas anteriores merecen recordarse, por la belleza de los

ideales de que están impregnadas o por la pureza de sus estrofas el «Canto a Zola», un salmo de gloria, de gratitud hacia el escritor cuya áurea pluma

*inundó con sus fuertes resplandores
el horizonte que la densa bruma
del dogma y del misterio
poblaba de mentiras y de horrores;*

es un canto enérgico a la victoria de la razón erguida, del Amor, del Trabajo y de la Vida.

«La última clase», es una delicada página de amor que todos llevamos escrita en el alma pues todos recordamos las frases dolorosas con que un hombre, un profesor, se despidió de nosotros allá en nuestra juventud pidiéndonos, en cambio de sus fatigas y de sus consejos, solamente un poco de cariño.

«Junto al piano» es el eco de una música encantada que repite la cadencia de una sonata melancólica de Mendelssohn. Esa poesía, como los acordes que del piano arrancaba la esposa que se sintió abandonada por un instante, es de una dulzura indecible, tiene toda la belleza del despertar de un amor que se creía muerto, tiene todo el encanto de una aurora que se levanta cuando se creía que hubiese llegado la hora de la puesta del sol de una ternura.

«Un ciego» se puede resumir en el consejo que el poeta da a su hija al final de esa poesía:

*El abrazo
dulce y santo,
con que se unan las conciencias en la senda de la vida,
será lo único que calme nuestro amargo desencanto.
Nunca esperes
que en la altura
haya dioses que presidan de los hombres la ventura
y se gocen, implacables, en la angustia y el dolor.*

Idéntica conclusión se puede sacar de la lectura de la enérgica poesía titulada «Respuesta de la naturaleza» que no es sino la contestación a unas estrofas con que Lisímaco Chavarría invocaba a la naturaleza. Cuánta razón tiene al decir:

*Cuán pocos leen las páginas cuajadas de esperanzas
que mira y no comprende la torpe humanidad,*

del libro lleno de enseñanzas preciosas que la naturaleza les muestra por doquier, en el monte y en el llano, en el mar y en el cielo. Pero para leerlas es preciso ponerse de pie, erguidos como los pinos y los cipreses, no de rodillas e inclinados, como los sauces o como tantos hombres que son la imagen viviente del eterno temor y del eterno servilismo.

Las bellezas que, ante los ojos del hombre despliega la madre naturaleza, saturan las poesías tituladas «Paisaje» y «En la selva». De la primera, quienes las leen con cariño retienen en la melancólica mirada

*con la pujante fuerza de su anhelo
allá en la lontananza,
las aves que semejan los recuerdos
y la vela, que finge la esperanza!*

Es la segunda un canto de amor universal en el que se sienten surgir los nuevos brotes del bosque, se aprecia la arrogancia de los jóvenes tallos que crecen y se oyen, en todos los versos, los cuchicheos con que los árboles que suspiran como hacen los hombres y los insectos y los pájaros, y las aguas de las fuentes se dan sus citas de amor para la hora en que se engendra la vida mientras las aves nocturnas

*Parecen pensamientos rendidos y confusos
que duermen sobre el blando regazo de la paz.*

Saturados de ideales bellos están las poesías «Fragmento de la vida», «El vendedor» y «Hacia el Norte». En ellas amanece con hermosas florescencias el porvenir, en ellas se recuerda al hombre, quien muy a menudo lo olvida, que

*los fuertes nunca imploran
de rodillas, que siempre la cabeza
debe el hombre llevar limpia y erguida
y que en las tempestades de la vida*

perecen los que lloran.

El 10 de noviembre del año en curso la revista *Renovación* dedicó todo su número al vigoroso poeta costarricense, autor de *Musa nueva*¹². En dicho número aparecen ocho trabajos, casi todos inéditos, de los cuales el primero «Río y mar» es una preciosa parábola en la que el artista dice a la juventud:

*Sed el mar que lucha y canta
batiendo rocas de infinito anhelo.
Sed la onda viva que se levanta
para escalar con victoriosa planta
la deslumbrante claridad del cielo.
No os arrastréis jamás por las praderas
como el río, en cadencia fugitiva
lamiendo a vuestro paso las riberas
por recoger visiones. ¡Las banderas
del mar, sólo se agitan hacia arriba!*

Viene después su conferencia titulado «El derecho a la sonrisa» leída en el Club La Libertad y en el Ateneo de la Juventud, es un salmo a la alegría en el cual, en medio del cabrilleo encantador de su musa jovial, brillan con luz fija hermosos pensamientos, consejos que la juventud debe seguir porque es preciso callar cuando la sonrisa de la melancolía dora el trigal de nuestros pensamientos, así como es preciso entonar laudes a la vida cuando la sonrisa de la acción vivaz caldea los entusiasmos o las indignaciones de los corazones nuestros.

«En guardia» es una noble protesta, es un manifiesto de lucha que entusiasma los corazones de quienes marchamos en bandadas silenciosas levantando en alto, cual si fuesen flores perfumadas nuestros pensamientos libres de todo temor, nuestras ansias que no conocen límites ni en la tierra ni en el cielo. Es un canto de vida nueva que hace florecer en el estandarte de nuestros ideales las ramas del ensueño y de la esperanza, cuyas flores de matices encendidos perfumarán como perfuman los actos de una voluntad firme y de un empeño heroico. Es el grito de la procelaria que al ver furioso

¹² Ver *Renovación* III, 69 (1913). (N. de la E.)

el mar sacude con impaciencia las alas temerarias que ansían volar hacia las alturas por encima de los abismos.

«El violín» es un soneto delicado que tiene mucha belleza para quien, en su casa, escucha a diario cantar y sollozar las cuatro cuerdas de ese mágico instrumento:

*No es el violín un pájaro que canta
ni es un sensible corazón que implora;
si la pasión lo estruja, se agiganta,
si el sentimiento lo acaricia, llora.
La mano que lo toca o lo levanta
es quien le imprime un alma voladora;
la música sutil que nos encanta
es obra de esa mano creadora.
Así el verso que a todos nos seduce.
¿Por qué loar a aquel que lo produce
si él no es más que un violín hecho de rosas?
La emoción que lo pulsa y que lo inspira
es quien ruge, quien canta y quien suspira
en el eterno ritmo de las cosas.*

«Sugestión» y «Corazón» son dos delicadas poesías lo mismo que «El granuja» bellísima y fiel traducción que nuestro poeta hizo de una de las páginas más dulces de la más dulce mujer italiana, Ada Negri¹³.

Se cierra esta pequeña serie de estrofas de José María Zeledón con el saludo que dirigió a Manuel Ugarte¹⁴ cuando el intelectual argentino, en su gira de panamericanismo, puso su planta en Costa Rica, en esta tierra en donde vive

La primavera constante, la que enerva
el vigor de los hombres, la que da a la proterva
mansedumbre, ancho campo para su fácil vida;
aquí la paz perpetua de una sangre dormida.

¹³ Ada Negri (1870-1045), poetisa italiana. (N. de la E.)

¹⁴ Manuel Ugarte (1875-1951), escritor y político argentino. (N. de la E.)

En esa poesía Zeledón le dice a Ugarte muchas verdades con respecto a nuestro modo de ser:

Somos un buen remanso del torrente indohispánico

.....
*La dulce y blanda cera del alma nacional
ignora las presiones del Bien y las del Mal*

.....
*formamos leves ondas de un inmenso mar muerto.
agitarlo no intentes con tus soplos tenaces,
conmoverlo no quieras con tus gritos audaces;
todos te aplaudiremos con entusiasmos ciertos,
pero, ¡mira! ¡no pidas frutas a nuestros huertos
en los cuales por mucho que busques y que explores
hallarás siempre flores y nada más que flores!*

Cuán cierto es lo que afirma el poeta costarricense al poeta argentino. Muy bien conoce a sus compatriotas el autor del himno nacional; él puede decirlo porque él y algunos más que van por otros caminos asoleados de la llanura manchega, son

Quijotes que cabalgan rocines de esperanzas,

Son caballeros andantes de aquellos que,

*no paran en las ventas, ni rezan letanías
ni llevan de escuderos robustos Sancho Panzas,
ni abaten los pulmones de su altivo penacho
en honor de las bodas del dichoso Camacho
que es el rey invencible de las salchicherías.*

Los dos libros de Zeledón son dos flores de esperanza en un campo de dolores, como dice en poeta en los dos últimos versos de su primer volumen; son dos libros que saturan de anhelos a quienes lo leen con cariño, que despiertan las energías de quienes las habían dejado adormecerse, que

inculcan amor a todo lo noble y a todo lo sincero en los hombres de buena voluntad.

Y esos son los libros que yo amo.

POESÍAS, de José María Alfaro Cooper

Cuando llega a mis manos un libro publicado en este ambiente completamente refractario a las bellas artes, en cualquiera de sus manifestaciones, recuerdo una parábola que allá, en la bella Italia y a orillas de la fantástica laguna veneciana, me contó una dulce amiga diciéndome que era una alegoría popular:

Había una vez un cisne blanco, muy blanco que vivía en un lago en cuyas orillas crecían árboles bajos y frondosos que lo hacían sombrío. Aquel lago reflejaba, en las noches, las estrellas que desde el cielo nos envían sus sonrisas afectuosas. Y el cisne salía cuando las encantadoras estrellas empezaban a brillar en el espejo del lago, y se paseaba orgulloso por entre aquel millar de puntos luminosos dando a entender que bogaba en un lago de luz blanca en donde lo más blanco eran sus plumas blancas y en donde lo más bello eran sus ojos bellos. De cuando en cuando, sumergía el pico disponiéndose a pescar algo y después tragaba, tragaba con fruición divina como si aquello que comía fuese un manjar delicadísimo de esos que no se encuentran a cada paso. El pobre cisne comía estrellas, mejor dicho, se alimentaba de reflejos de estrellas en un lago sombrío. Y era feliz y vivía altivo en medio de sus compañeros porque ninguno de ellos salía a pasear de noche por el bellissimo espejo de las aguas, ni conocía las estrellas ni la dulzura de las imágenes que ese lago fabricaba en su seno de sombras. ¡Comer estrellas!, ¡tal era su único afán, tal era su única vida, alimentarse de luz, de ideal! Por eso no se le veía durante las horas del día, como a los otros cisnes, pasear su vanidad por en medio de las hojas secas que los árboles de la orilla lloraban sobre la superficie tranquila del lago; por eso quienes lo veían afirmaban que estaba enfermo, que sufría algún pesar, que tal vez la bella adorada lo había despreciado en el momento en que él la declaraba su pasión inmensa.

¡Y era que nadie conocía su dulce secreto!

Pero un animal de esos que viven en las orillas de los lagos y que pasan el día y la noche buscando en el fango lombrices con las cuales

alimentarse notó los amores del cisne con la sombra y el banquete de estrellas que se servía en cada noche. Y envidioso, se acercó a él y le dijo que lo que comía no eran estrellas, que lo que creía tragar no eran sino reflejos de astros nada más, que aquello no podía servirle porque las ilusiones, aunque sean ilusiones de estrellas, no alimentan, no satisfacen las necesidades del organismo.

Y el cisne, enamorado de la noche, al principio no hizo caso, siguió creyendo en las estrellas y en sus reflejos pero el otro insistió tanto que obligó al cisne a meditar acerca del valor alimenticio de los reflejos de la luna y de astros. Y empezó a creer en lo que decían y empezó a enflaquecer y a mostrarse más retraído que nunca. Su mal aumentó hasta el punto que un día lo encontraron muerto junto a unos rosales florecidos que crecían a la orilla del lago.

El ideal lo había hecho morir. Mientras creemos en el ideal y en su consistencia y en su eternidad vivimos satisfechos aunque ese ideal sea un reflejo de estrella en el lago sombrío de nuestra mente; pero cuando nos falta la confianza que debemos tener en ese ideal, cuando nos damos cuenta de que es un reflejo de luna, cuando se convierte en algo ilusorio, entonces mueren en nuestro interior las grandes aspiraciones, se apagan los grandes entusiasmos y muerte, dentro de nosotros, todo, absolutamente todo como murió el cisne del cuento de mi dulce amiga junto a unos rosales florecidos que crecen a la orilla del lago de nuestra inteligencia.

Esa alegoría popular se presenta de nuevo a mi mente hoy que uno de los más dulces poetas de Costa Rica, abandonando la soledad de que gustaban sus rimas encantadoras, reúne sus más bellas estrofas en un volumen primoroso.

José María Alfaro Cooper no ha sabido escuchar a esos que afirman que las flores del alma —poesías, pinturas, armonías, esculturas y prosas bien modeladas— no son sino reflejos de estrellas en un lago sombrío. En el apartamento en que ha vivido, su musa acostumbra salir de noche, bogando en un lago de luz blanca en donde lo más blanco eran sus tiernos sentimientos, en donde lo más bello eran sus bellos pensamientos.

El volumen suyo de *Poesías* editado por Joaquín García Monge, ese hombre admirable por su laboriosidad, es un volumen de ternuras en donde el crítico acostumbrado a buscar siempre las cosas bellas, encuentra una grande naturalidad y una maravillosa sensibilidad; la de Alfaro Cooper es una poesía instintiva que surge del alma sin otra veste que la tenue

fosforescencia de sus alas de libélula; ningún artificio; su característica es precisamente la sinceridad; sus cantos son apasionados, encantadores, sonrientes, a veces, a veces conmovidos, llenos de ardor y de aspiración hacia las cosas bellas y nobles, hacia lo infinito, hacia lo humanamente divino; son cantos saturados de identidad. De ellos, en la primera de las poesías que aparecen en este volumen, dice el poeta:

*he vertido en vosotros toda el alma;
mis dudas, mis congojas
y este sediento afán que no se sacia...*

Son versos que despiertan ternura en las almas de quienes lo leen con cariño, son versos a los cuales nadie puede tenerles lástima como cree el poeta, porque las cosas bellas no pueden inspirarla, lo único que logran despertar es la envidia que se encuentra acurrucada en las sombras de las almas bajas.

El anhelo del poeta es ir siempre más allá, cada vez más allá deseando tender el vuelo airoso por las alturas en donde el sufrimiento es algo bello, algo que purifica al hombre y lo hace cada vez más bueno, cada día más delicado, cada año más humano y cada vida más divino:

*Subamos más allá, que el pecho henchido
de una santa ambición busca anhelante
una huella del astro apetecido.
Y busco, y busco más, y nada encuentro,
y reconozco al fin de la jornada,
que si el alma se sale de su centro
y busca más allá, no encuentra nada.*

Las almas bellas todo lo encuentran dentro de sí mismas, nada hallan fuera de ellas porque viven una vida íntima, lejos de toda influencia exterior; porque no sienten vanidades pues el aplauso que buscan es el aplauso que, satisfechas de su propia labor, ellas mismas se dan en silencio, sin ostentaciones, humildemente me atrevería a decir con una de esas paradojas que son mi encanto.

En la poesía titulada «Ilusión y realidad», el artista hecho filósofo raciocina acerca de la verdad del desconsuelo, acerca de la mentira de la fe;

son tres estrofas dolorosas en las cuales se siente más amarga la amargura como lo afirma el mismo poeta en esa composición. Se pregunta el autor con tristeza:

*¿Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?*

Y el crítico que está obligado a reunir el collar valioso de las perlas que los artistas distribuyen aquí y allá, contestaría con toda sinceridad: Has de mirar del modo con que miraste cuando escribiste aquella hermosísima poesía «De mi hogar», en la cual todos aquellos que tenemos en nuestras casas cabecitas rizadas que acariciar y labios sonrosados balbucientes que besar, encontramos mucha belleza, mucha ternura, mucho amor a esta vida que es hermosa, encantadora:

*Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa,
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora,
tiene los ojos azules
y la cabellera blonda,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.*

A través de esos ojos azules, de esa cabellera blonda, de esas miradas traviesas, de esa risa juguetona y de ese olorcillo indecible, es como se ve la vida más hermosa, es como el alma se siente más enérgica, preparada para luchar contra todas las dificultades de la existencia y vencerlas.

Es, en esa visión que a diario tienen todos los padres amorosos, en donde se encontrará

*el acorde poderoso
que convierte en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón.*

Y se encuentra también en la presencia de aquella dulce mujer

*que es la gracia y es la luz de la vida
que ilumina, embalsama y embellece el hogar,*

con quien se han vivido catorce años,

es decir, catorce días

Y a quien se le dice con ternura:

*Yo miento cuando te digo:
«te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo»,
.....
si ya no te quiero tanto
es porque te quiero más.*

La presencia de esa mujer en el nido es causa suficiente para olvidar
que

*Si un instante el espíritu revive
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abrillanta
y un ángel viene a acariciar mi sien,
cobra más ira la congoja horrenda,
redobla su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.*

De una delicadeza poco común es la estrofa cuarte de las «Rimas», el beso de la muer amada, cuando ese beso es la recompensa que recibimos por algo bello que llevamos a efecto o es el bálsamo que se nos aplica a una herida del alma, conmueve más que todo lo que logra inspirar temor en los corazones débiles:

*Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte,
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,
que la Gorgona misma ante mis ojos,
con su terrible faz se apareciese;
todo, todo a la vez; ya no es bastante,
no llegará jamás a conmoverme...
¡y me sentí temblar cuando imprimiste
aquel beso de amor sobre mi frente!*

Las poesías que en este libro están dedicadas a cantar las hermosuras del hogar, son deliciosas: «Ausencia» en la cual llora porque se halla lejos de su compañera adorable; «Amores» en donde, con una sencillez incomparable, canta los amores de una chiquitina de quince meses con un rapazuelo que

*muestra ufano
las pantorrillas
bajo los pliegues
de su batita;*

«Rimas breves», curiosa poesía de versos de dos sílabas en la que el poeta, en su insaciable sed de bien, aconseja al hijo del alama, amor hacia los niños que sufren y que lloran sin culpa alguna; «La abuela», preciosas estrofas de versos trisílabos en las que entona laudes bien merecidos a la

madre —dos veces— la plácida abuela; por último «Nochebuena», visión sentida de esa época inolvidable para niños y para viejos.

Todas esas poesías del hogar son delicadas, llenas de encantos sinceros, nada empalagosas y ficticias como lo son, por ejemplo, las poesías de ese fastidioso Juan de Dios Peza¹⁵. Hay en ellas vida y más que vida, alma sencilla, amorosa.

El pequeño volumen se cierra de una manera poco común: «Lágrimas de madre», «El ángel», «Dos juicios sobre la vida humana» y «La rosa» son traducciones directas del ruso, las tres primeras en verso, la última en prosa.

Del jardín fragante de la lírica rusa, Alfaro Cooper ha traído a nuestra lírica las bellas frases y los hermosos sentimientos de Nekrassof, de Lermontoff, de Pouchkine, de Filater y de Turgueneff. Esfuerzo que significa mucho en un país como el nuestro en donde se hace ostentación de ignorar todo lo que es arte, un país como acertadamente dice Rufino Blanco Fombona en el prólogo de la *Antología de poetas modernistas*, que no culmina como productor de arte y que en ese camino debe ceder la delantera a otros países, menos espartanos, menos beocios, cartagineses y fenicios.

En resumen, un pequeño libro hecho de páginas de vida, cantos de inspiración sincera y de grande espontaneidad en la forma, vibrantes de piedad y de cariño humanos, cantos de amor armoniosos que franciscanamente abrazan a la naturaleza y a toda la humanidad para celebrar la belleza de la vida.

¹⁵ Juan de Dios Peza (1852-1910), poeta mexicano, de renombre en la época en que Garnier escribió estas páginas. Uno de sus obras más conocidas es *Cantos del hogar* (1890). (N. de la E.)